

DIEGO DE LEÓN

ALFONSO CABELLO JIMÉNEZ
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

Este ilustre cordobés tiene una calle en el centro de Madrid, por Acuerdo Municipal del día 21 de julio de 1880, con el nombre de “Diego de León”, dicha calle, empieza en la calle Serrano y termina en la calle de Francisco Silvela, pertenece a los barrios de Salamanca, Lista y la Castellana¹.

Diego de León y Navarrete, nace en Córdoba, el día 30 de marzo de 1807, son sus padres Diego Antonio de León, marqués de las Atalayuelas y comendador de Calatrava y su madre María Teresa Navarrete y Valdivia, marquesa de Navarrete. De este matrimonio nacen varios hijos; pero solamente sobreviven tres; Sebastián que hereda el marquesado de las Atalayuelas; María Dolores, marquesa de la Guardia Real y Diego².

Diego de León tiene una niñez muy feliz y una esmerada educación. Siendo todavía muy joven, ingresa en el colegio de Nuestra Señora de la Asunción de Córdoba, y en 1824 ingresa de capitán en el regimiento de Almansa, 1º de dragones. Pronto destaca por su valor y espíritu temerario, y se hace famosa la valiente costumbre de marchar siempre al frente de sus soldados, cuando ataca al enemigo.

Diego de León se casa en septiembre de 1826, con doña María del Pilar Juez Sarmiento y Mollinedo, hija del marqués de la Roca, de cuyo matrimonio nacen dos hijos José y Antonio.

En julio de 1827, pasa al regimiento de coraceros de la Guardia Real, donde asciende a comandante que desempeña hasta que estalla la guerra civil.

El día 11 de diciembre de 1829 el rey Fernando VII, se casa en Aranjuez con su sobrina, María Cristina de Borbón, hija de Francisco I de las Dos Sicilias y de María Isabel, hermana de Fernando VII, y entre las muchas gracias que concede el Monarca, asciende a Diego de León a coronel de caballería y ayudante del general Zambrano.

El 10 de mayo de 1713, Felipe V implanta en España la “Ley Sálica”, en el orden de sucesión al trono; pero la “Pragmática Sanción” de Carlos IV en 1789 y publicada por Fernando VII, el 29 de marzo de 1830, favorece el derecho sucesorio de su hija Isabel, contra su hermano, Carlos María Isidro, dando lugar a la I guerra carlista³.

Fernando VII, muere el 29 de septiembre de 1833, y España se encuentra prácticamente en guerra entre los carlistas y los liberales. La primera guerra carlista dura

¹ Las calles de Madrid. Pedro de Répide. Kaydeda Ediciones. Madrid (1989).

² Real Academia de Córdoba, boletín nº 68, pag. 301 – 306.

³ Historia de España. Instituto Gallach, Tomo V, Barcelona (1973).

siete años desde 1833 a 1840, y sus principales centros de combate son el País Vasco, Navarra y el Maestrazgo⁴.

Diego de León es siempre un destacado defensor de María Cristina y de su hija Isabel II, y es destinado al ejército del norte al mando del regimiento de húsares, a las órdenes del general Isidro Alaix, en diciembre de 1834. El día 21 del mismo mes cruza el Ebro, y desde este momento empieza a tener sus gloriosos triunfos, mostrando siempre su constante bizarría, toma parte en la persecución de Miguel Gómez, contribuyendo activamente en la derrota sufrida en Mendigorriá el 16 de julio de 1835. Diego de León se hace cargo de vigilar los caminos de Mendigorriá, y en caso de un contratiempo proteger la retirada; pero el triunfo es rotundo y el ilustre cordobés ayuda posteriormente, el día 2 de septiembre a la columna del general Aldama, que había sido atacada en el sitio de Arcos, por el Pretendiente en persona, que es fácilmente derrotado⁵. A Diego de León se le concede la cruz laureada de San Fernando, por su enorme valor y caballería.

El 20 de octubre del mismo año, auxilia la marcha sobre Salvatierra y expulsa del castillo de Guevara a los carlistas que lo ocupaban. El 15 de noviembre se encuentra en la toma de Estella y al día siguiente en Montejurra, mostrando siempre su audacia militar y su constante reputación, consagrando su vida a su reina y a su patria. En los días 16 y 17 de enero de 1836, tiene lugar el combate de Arlabán, y el 25 de febrero a las órdenes del general Tello, toma Barrioplano consiguiendo la victoria del ejército de Isabel II. El 12 de marzo del mismo año, una Real Orden expedida en Madrid, ordena a Diego de León que se haga cargo del regimiento de húsares de la Princesa, creado por Fernando VII, para perpetuar el acto de la jura de la infanta Isabel como Princesa de Asturias, que tiene lugar el 20 de junio de 1833.

La causa carlista había sufrido grandes descabros en todas sus provincias. La división del general Espartero es la encargada de perseguir a Gómez, y el regimiento de Diego de León forma parte de esa división, y son muchos los encuentros con las tropas de Carlos María Isidro; después se hace cargo el general Alaix, por enfermedad de Espartero, y se encuentra con Gómez en los campos de Villarrobledo, y viendo Alaix la superioridad del enemigo, da órdenes a Diego de León para que maniobre discrecionalmente con sus 150 húsares, del Regimiento de la Princesa y 60 jineres de los regimientos de Almansa y Sagunto, todos bajo el mando del coronel Diego de León. Tras fingir una retirada, sorprende al enemigo con un movimiento sabiamente calculado, quien no pudo reaccionar, quedando acorralado, la victoria de las trapas de María Cristina es completa. Se hacen 200 prisioneros, entre ellos 102 jefes y oficiales, 200 muertos en el campo de batalla. Esta victoria de Villarrobledo está fechada el 20 de septiembre de 1836, y desde entonces Diego de León es llamado "la lanza de Villarrobledo". El 14 de octubre del mismo año, el ilustre cordobés entra en Córdoba con el general Alaix, persiguiendo a Gómez, que había saqueado la ciudad pocos días antes.

En noviembre de separa Diego de León con su regimiento del resto de la división, y se incorpora a las órdenes del general José Ramón Rodil, ambos recorren Extremadura y de vuelta a Córdoba, se incorpora a la columna del general Rivero, persiguen al enemigo y el brigadier Diego de León continúa por Fernán-Núñez, Montilla, La Rambla, Montalbán de Córdoba, Écija, Osuna, Ronda, San Roque, etc.⁶.

El regimiento de húsares de la Princesa había recorrido media España, soportando

⁴ *Ibíd.*

⁵ Historia de don Diego de León. Primer conde de Belascoáin. Imp. Marés y compañía. Madrid.

⁶ *Ibíd.*

la incomodidad de los campamentos y las marchas forzadas, descansaba el regimiento en Palencia, cuando una expedición mandada personalmente por Carlos María Isidro, hace necesaria la cooperación de Diego de León para emprender nuevas operaciones. Se traslada a Barbastro donde Carlos V tiene el cuartel general. Las tropas liberales se aproximan al pueblo donde el enemigo está preparado en sus posiciones. El primer encuentro es desastroso para Diego de León, pero su reacción, hace que el enemigo se vea obligado a abandonar sus posiciones, hasta el punto de que Carlos V, tiene que huir a Cataluña, adonde le persiguen los húsares y se refugia en los campos de Gra. Diego de León se encarga de tomar el ala izquierda de la línea enemiga, con dos escuadrones de húsares y un batallón de la Guardia Real.

Cuatro horas dura el ataque, sin tener ventaja ninguna de las partes; pero el insigne cordobés ataca de frente a los rebeldes y consigue una completa victoria el 12 de junio de 1837. Con esta acción militar se le concede la gran cruz de Isabel la Católica. Según los expertos militares, la acción de Diego de León en esta batalla es la más brillante de toda la campaña⁷.

Diego de León sale de Cataluña tras los carlistas, bajo las órdenes del general Espartero; pero hasta noviembre no se enfrenta al enemigo, y después de los triunfos de Aranzueque y Huerta del Rey, es ascendido a mariscal de campo y nombrado comandante general de Navarra. Los soldados que operaban en Navarra estaban cansados, descalzos, desnutridos y habían sufrido un número considerable de bajas; cuatro meses tiene que invertir el nuevo mariscal para poner en orden aquella fuerza; pero a pesar de todo, consigue expulsar a los carlistas al otro lado del río Arga; pero esto no es suficiente para asegurar la comunicación con Pamplona, por las fortificaciones que había dejado el enemigo en el puente de Belascoáin, como varias piezas de artillería. Diego de León sabe la importancia que tiene la toma del puente, para facilitar la entrada de víveres. Esta idea la pone en conocimiento del general Alaix, que era el virrey de Navarra; pero desaprueba la toma del puente.

Diego de León decide por su cuenta tomar el puente, los carlistas se encuentran diseminados por los pueblos de alrededor, Legarda, Obanos, Muro, Oztegarda, etc. Los liberales en una forzada marcha nocturna, al amanecer del día 28 de enero de 1838, se apoderan de Belascoáin y después del puente, esta victoria es uno de los grandes éxitos de Diego de León, a pesar de la pérdida de hombres, caballos y material que es enorme por ambos lados; después las tropas isabelinas carecen de todo, se pide a Pamplona pólvora y provisiones para los soldados hambrientos. El virrey que no aceptaba la operación, envía la pólvora, pero no envía los víveres, y Diego de León se ve obligado a atacar el fuerte de Ziriza, que estaba protegido por el enemigo y consigue provisiones para sus soldados.

Varios meses después, se hace cargo de la caballería del ejército; pero al poco tiempo de haberse incorporado al nuevo destino, una orden del general Espartero le obliga a regresar a Navarra, donde las tropas liberales habían sufrido una terrible derrota.

Diego de León llega a Tafalla el 30 de septiembre de 1838, y solamente con su presencia se reaniman las tropas, que poco después cruzan el río Arga y las tropas carlistas son expulsadas de sus posiciones. Diego de León es nombrado virrey de Navarra, y al frente de su ejército toma Arróniz, defendido por Maroto, general de Carlos María Isidro, monarca de los carlistas.

Nada importante ocurre en los meses siguientes, hasta que el 1 de mayo de 1839, Diego de León y sus valientes soldados, vuelven a tomar el puente de Belascoáin,

⁷ *Ibíd.*.

que el general carlista Elío había recuperado en abril de 1839; según las crónicas esta acción fue más sangrienta que la anterior. Con esta nueva victoria le conceden el título de conde de Belascoáin.

Nuestro héroe sigue ganando batallas en los campos de Arróniz, toma Areta, Alló y Dicastillo y entra triunfante en Durango, y después del convenio de Vergara, ratificado el 31 de agosto de 1839; entre los generales Espartero y Maroto, el primero liberal y el segundo carlista. Diego de León persigue al Pretendiente hasta que se refugia en Francia, el 13 de septiembre del mismo año. Después del abrazo de Vergara, las únicas tropas que siguen defendiendo al Pretendiente, son las que lidera el general Cabrera en Aragón y el Maestrazgo⁸.

Aseguran algunos historiadores, que el general Espartero llega a tener celos de Diego de León, y que por eso son tan enconadas sus opiniones. El 1 de octubre se encarga del mando de la división de la Guardia, y el conde de Belascoáin se encamina hacia Zaragoza, estableciendo su cuartel general en Bordón, pide constantemente víveres para los soldados; pero el duque de Victoria, no se los envía, a pesar de sus constantes reclamaciones. Desde esta época empiezan las desavenencias con el general Espartero.

El día 12 de marzo de 1840, realiza un reconocimiento sobre Castellote, en cuyo sitio obtiene el grado de teniente general, que en Madrid le había ofrecido la reina gobernadora, María Cristina. Diego de León interviene en la ocupación de Beceite, y como en otros muchos casos sería prolijo enumerar.

En el mes de julio de 1840, la causa carlista llegaba a su fin, el general Espartero se apodera de Morella, con la ayuda de Diego de León, que era el principal punto de apoyo de los rebeldes, y el conde de Belascoáin, se encarga de tomar Mora del Ebro, otro centro importante del carlismo, que es abandonado por el enemigo. El preclaro cordobés se dirige a Cataluña e interviene en la toma de Berga, Cabrera y gran parte de los carlistas se refugian en Francia, el 6 de julio de 1840.

Espartero es el ídolo del ejército y del progresismo, y había conseguido terminar con la guerra en el famoso convenio de Vergara. La tirantez entre D^a. María Cristina y el general Espartero es evidente por varios motivos, la Regente intenta formar un ministerio; pero ante la imposibilidad de lograrlo, ordena a Espartero que lo constituya; pero Espartero pone las siguientes condiciones: la Regente debía declarar en un manifiesto a la nación que los males de España derivaban de la política seguida por el ministerio Pérez de Castro, que la Reina autorizaba las Juntas municipales y provinciales en calidad de consejos consultivos, que la ley de Ayuntamientos no sería aplicada, que se convocarían nuevas Cortes previa disolución de las existentes, y que a las elegidas le concierne la tarea de reformar la Constitución. A este particular convendría que la Reina Gobernadora, tomara la iniciativa, sin tener en cuenta lo que en su día digan las Cortes. Completaban este programa ministerial algunas alusiones ofensivas, no obstante la lectura es escuchada serenamente por la Reina, que pide sólo veinticuatro horas de reflexión; pero entretanto precisa constituir un gobierno, y exige a los ministros que juren sin dilación su cargo. Después de la ceremonia, retiene la regente a Espartero, quien a la salida de su entrevista con María Cristina, anuncia a los ministros el propósito de la reina de abdicar y abandonar el país. D^a. María Cristina se marcha a Francia el día 12 de octubre de 1840⁹.

A partir de ahora, se hacen más evidentes las diferencias entre ayacuchos y moderados, éstos odian a Espartero y pretenden que vuelva a España la reina María Cristina,

⁸ Historia de España. Instituto Gallach, Tomo V. Madrid (1973).

⁹ *Ibíd.*

dando lugar a la revolución moderada.

Diego de León, valiente entre los valientes, recibe la orden de Su Majestad, la Reina Gobernadora, que le nombra capitán general de Castilla la Nueva. Vuelve a Madrid y de camino se entera del levantamiento de la revolución moderada, contra Espartero, acelera la marcha porque observa que le persiguen. Diego de León sigue esperando órdenes del cuartel general. Manda un ayudante de campo a Valencia, ofreciendo al mismo tiempo su espada a D^a María Cristina, la contestación que recibe es que se marche a Tarancón y se ponga al frente de la división de la Guardia.

Cuando abdica María Cristina, Espartero escribe al conde de Belascoáin, y le aconseja que dimita de la capitanía general de Castilla la Nueva y que se vaya al extranjero. El héroe cordobés se marcha a Francia, se detiene en Burdeos; pero regresa a España y se pone en contacto con el general O'Donnell que trama un plan para que vuelva a España D^a María Cristina.

El día 7 de octubre de 1841, el general Manuel Gutiérrez de la Concha, se subleva al frente del Regimiento de la Princesa y ataca el Palacio Real. Intenta apoderarse de Isabel II y de su hermana la infanta Luisa Fernanda, niñas de 11 y 9 años respectivamente, y llevarlas al País Vasco, donde acudiría María Cristina para hacerse cargo de sus hijas y del gobierno; pero en Palacio se encuentra con la resistencia del coronel Domingo Dulce, que al frente de dieciocho alabarderos, detuvo a los conspiradores durante varias horas en la escalera principal. Desanimados los asaltantes, a quienes se le unen otros militares como Juan de la Pezuela, José Fulgosio, Manuel Montes de Oca, Leopoldo O'Donnell, Antonio Quiroga, Emilio Borso di Carminati y Diego de León, abandonan el intento, pues les habían fallado el regimiento de Luchana y la Guardia Real. Convencidos del fracaso, hacia las tres de la madrugada, Diego de León, Concha y otros asaltantes salen del Palacio por el Campo del Moro, acompañados por una compañía de infantería, y salen de Madrid por Puerta de Hierro. En ese punto se encuentran un escuadrón de caballería, y son obligados a dispersarse. Diego de León se pierde por la carretera de Castilla y le compra un caballo a unos cazadores de La Guardia, su caballo herido lo tiene que abandonar, sin dirección fija, almuerza con unos labradores cerca de Colmenar Viejo, cuando se le acerca un escuadrón de caballería que le persigue, son los húsares de la Princesa, a quienes tantas veces había conducido a la victoria, bajo las órdenes del comandante Laviña, antiguo ayudante de Diego de León, que le propone que huya a Portugal. Todos quedaron perplejos al ver a su general, y el mismo Diego de León le dice: Vamos a Madrid. Seguro que esperaba ser tratado de otra manera¹⁰.

Los conjurados contra la regencia de Espartero son los siguientes militares, O'Donnell, Córdoba, Concha, Nouvilas, Pezuela y Lersundi, que consiguen escapar al extranjero; pero Quiroga, Montes de Oca, Muñagorri, Borso di Carminati y Fulgosio, son fusilados. Espartero y el progresismo habían logrado dominar la intentona moderada.

El conde de Belascoáin es conducido a Santo Tomás, que es el cuartel de la Milicia Nacional, poco después se forma el consejo de guerra, y todo es incertidumbre hasta la noche del día 14, cuando se conoce la suerte de Diego de León, que aquella misma noche redacta de su puño y letra el siguiente testamento:

“En la villa de Madrid, a 14 de octubre de 1841. Yo, don Diego de León y Navarrete, conde de Belascoáin, natural de la ciudad de Córdoba, de edad treinta y

¹⁰ Historia de don Diego de León. Imp. de Marés y Compañía. Madrid.

cuatro años, hijo legítimo del señor marqués de las Atalayuelas, difunto: Hallándome en salud y confesando los misterios de la religión católica que profeso, como cristiano, en la cual espero vivir y morir, y deseando prevenirme para la muerte usando de las facultades que me conceden las leyes como militar, procedo a ordenar mi testamento en la forma siguiente:

“Declaro que me hallo casado con la señora doña Pilar Juez Sarmiento y Mollinedo, de cuyo matrimonio tengo dos hijos llamados don José y don Antonio de León y Juez, los cuales se hallan en la menor edad, y por este motivo nombro a su madre por tutora y curadora “ad bona” de los mismos, relevándola de fianzas. Con respeto a las cosas piadosas, lo dejo a la voluntad y disposición de ella.

Nombro por cumplidores de mi voluntad al excelentísimo señor marqués de Zambrano y don Pedro Ibáñez.

Instituyo por mis herederos a los referidos mis hijos don José y don Antonio de León y Juez, beneficiando a la expresada mi mujer, doña Pilar, en la parte que permitan las leyes. Y por el presente revoco y anulo todas cuantas disposiciones testamentarias haya hecho y otorgado antes de ahora.

Madrid, a catorce de octubre de mil ochocientos cuarenta y uno.

-Diego de León.

Nota.- Es mi voluntad determinada y positiva que el entierro que se le haga a mi desgraciado cuerpo sea de los más pobres y sin aparato que recaiga en perjuicio de mis pobres mujer e hijos; sólo se me mandarán decir el número de misas que mi mujer determine.- Diego de León”¹¹.

La siguiente carta fue escrita por Diego de León, conde de Belascoáin, a su esposa, la marquesa de Zambrano, la noche anterior a su fusilamiento por orden del general Espartero.

Amada esposa:

Preveo que sobre estas líneas van a caer abundantes lágrimas; yo quisiera evitarte este dolor, pero es tan largo y acelerado el viaje que he de emprender que no puedo dilatar la despedida. Me dicen los amigos que la Sentencia que sobre mí ha recaído es injusta, pero cuando Dios la consiente la tendré merecida; por eso apelo a la resignación, que es el triste consuelo de los moribundos.

Indicarte los deberes que competen a la viuda de un soldado pundonor, sería ofenderte y no lo mereces, ni el trance pide argumentos de esta clase.

No solicites verme, no quebrantes con tu cariñosa presencia el vigor que necesito para morir como he vivido, ni busques duplicar tus dolores delante del que no ha de poder remediarlos.

Supla el cariño de nuestros hijos el inmenso amor de tu infortunado esposo y llévalos por la Senda honrada que anduvo su padre.

Quisiera estar hablándote toda la noche, por ser la última que te dirijo la palabra, pero hay deberes que me lo impiden.

El que vivió caballero, es menester que muera Cristiano y el que merecerse a Dios, exige meditadas y supremas preparaciones.

Tuyo hasta exhalar el último suspiro.

Diego de León.

La muerte menos temida da más vida. Diego de León.

¹¹ Real Academia de Córdoba. Boletín n.º 68, pag. 304 y 305.

Son muchos los que piden el indulto del héroe cordobés, los más exaltados políticos de las filas liberales acaudillados por González Bravo, llevan a cabo toda una campaña a favor del indulto de Diego de León. Para ello piden a los hombres de la Milicia Nacional que intercedan por el que estaba ya condenado. Amigos íntimos de Espartero, incluso el mismo general Dulce, se suma a tal deseo. El argumento empleado por Roncali en la defensa de Diego de León no tiene réplica, y es como decirle al Regente que no puede tirar la primera piedra. Y es de oro lo que dice uno de los jueces, el general Grases: "Si por sublevarse condenan a un hombre, ahorquémonos todos con nuestras fajas".

Era la una del mediodía del 15 de octubre de 1841, la capital de España presenta un aspecto siniestro, la población presiente uno de los momentos más crueles de nuestra Historia. La vigilancia militar patrulla prácticamente casi toda la ciudad, iba a ser fusilado un hombre de honor, que había dado miles de veces la vida por su patria. Poco después, a una carretela se para en la puerta del cuartel de la Milicia Nacional, sube Diego de León acompañado de su defensor y un clérigo. Se traslada a la vista del todo el pueblo en un carruaje descubierto, y al reo se le ha permitido vestir su uniforme de gala, se dirige hacia la Puerta de Toledo, le precede una escolta de caballería y le rodea un piquete de infantería. El héroe desciende del carruaje, con la misma firmeza y gallardía de siempre, sostiene con una mano el chacó frente a la bandera, mientras escucha la lectura de la sentencia que lee el fiscal militar balbuceando. Terminada la lectura, reparte unas monedas entre los soldados del piquete, abraza a un soldado de ellos y exclama: ¡Que no os tiemble el pulso! ¡Al corazón! Mira a su confesor y al defensor Roncali, a quien dice: los valientes vamos al cielo; y después de mirar al sitio donde ha de caer, exclama fuertemente: "No muero como traidor". Es enterrado en el cementerio de la puerta de Fuencarral modestamente. Después se trasladaron sus restos al cementerio de la Sacramental de San Isidro.

Desde abril de 1892, y por donación del duque de Ahumada, se conserva en el Museo de Artillería la banda de la gran cruz de Isabel la Católica que lucía en el pecho el general León al ser fusilado. La banda está agujereada por las balas y manchada de sangre.

En su tumba está escrito el siguiente epitafio:

EL EXCELENTÍSIMO SEÑOR DON DIEGO DE LEÓN Y NAVARRETE.
PRIMER CONDE DE BELASCOÁIN
TENIENTE GENERAL DE LOS EJÉRCITOS ESPAÑOLES;
FUE TRASLADADO A ESTE PANTEÓN EN 3 DE JUNIO DE 1844,
POR SU INCONSOLABLE ESPOSA Y AMADOS HIJOS.¹²

Ramón de Campoamor

La acción de Belascoáin, canción dedicada al bizarro general don Diego de León, conde de Belascoáin.
Helos aquí ganando
la alta cerviz de la empinada sierra,
en pos del fiero bando
que de ella huyendo, y proclamando guerra,
va en las nubes buscando

¹² Cementerio de san Isidro, en Madrid.

una segura vía,
 pues ya su cobardía
 no encuentra asilo en la espaciosa tierra.
 Ved a León, en su furor tremendo,
 gritar desde la altura:
 -¡Guerra, soldados! del cañón horrendo
 al fúnebre tronar, la lumbre pura
 del sol mil nubes condensadas ciegan;
 de púrpura humeante
 montes y valles sin piedad se aneguen;
 el Arga murmurante
 restos humanos cuajen;
 de sangre palpitante
 tantos arroyos de la cumbre bajen
 cuantos soldados a las cumbres lleguen.

A su voz respondiendo
 bronco el cañón, majestuoso suena
 que de un discorde estruendo
 hincha los valles y los campos llena;
 y fugaz discurriendo
 ya en el vago horizonte,
 ya desde el prado al monte,
 todo el contorno alrededor atruena.
 Del ronco son que libertad pregona,
 la alta montaña herida
 estremece su rústica corona,
 de pinos, hayas y laurel tejida.
 Huye el rebelde, y entre riscos quiere
 guardar la vida odiosa;
 que la vida al honor el vil prefiere.
 Mas en su cueva umbrosa
 le sorprende espantado
 una muerte afrentosa;
 y el último ¡ay! del huracán llevado,
 como su orgullo, en el espacio muere.

¿Tan vilmente se humilla
 y osa a los libres imponer sus leyes
 esa infernal cuadrilla?
 ¡Dignos vasallos de tan dignos reyes!
 Levantad la cerviz que de un tirano
 huella la inmundia planta,
 y torpes no llenéis el nombre hispano
 de tanto oprobio, de ignominia tanta.
 De esos ilusos desechad el ruego;
 que el premio de afán tanto
 entre cadenas os lo guardan luego.
 Mas huid con espanto,

huir, turba obcecada;
yo os execro en mi canto;
la luz de la razón os es privada;
que torpes sois y el fanatismo es ciego.

Seguid hasta la cumbre,
libres soldados, la canalla impía
y en fiera mansedumbre
baje rodando de la selva umbría.
La negra servidumbre
purgad del patrio suelo;
que no suban al cielo
votos que afrentan a la patria mía.
Derrocad ese trono que sustenta
tantos ídolos falsos,
en derredor del cual, por más afrenta,
la baja adulación sembró cadalsos.
¡Guerra, soldados! su ominosa vida
rinda el vil en ofrenda.
¡Guerra! y no el alma a compasión movida
vuestra espada suspenda.
De esa cobarde gente
no os prometáis la enmienda;
quien servil una vez doblo la frente
nunca el camino del oprobio olvida.

Ya el dolor aguerrido
del trémulo atambor se va atenuando,
y el hórrido estampido
se trueca del cañón en eco blando.
El humo ennegrecido
que, como denso velo,
roba la luz del cielo,
raudo disipa el aquilón soplando.
El Arga turbio en campos de esmeralda
se arrastra ensangrentado,
y afean charcos de carmín y gualda
el verde esmalte del florido prado.
Cadáveres sin fin del monte frío
coronan el altura;
y ocupan la llanura.
Ya el estruendo se aleja;
cesó la guerra dura
sólo en el valle, y como en son de queja,
callan los ecos y murmura el río.